

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 159 *Editorial*

SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 2012

Pablo González Casanova

Premio

“Daniel Cosío Villegas”

Arturo Alvarado

Pablo González Casanova

Fundador de la sociología
moderna en América

Latina

Francisco Zapata



La democracia en México, ayer y hoy.

Una semblanza de Pablo González Casanova

José Luis Reyna

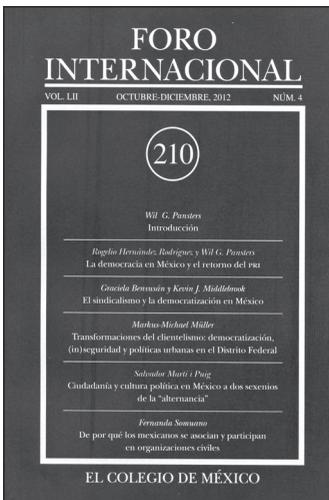
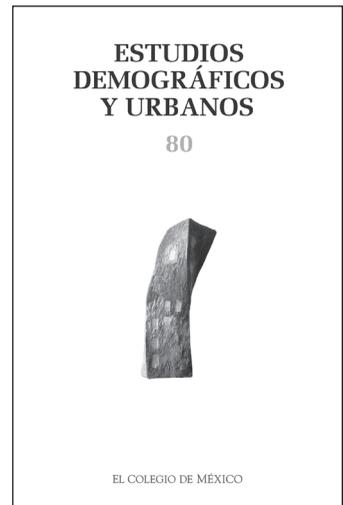
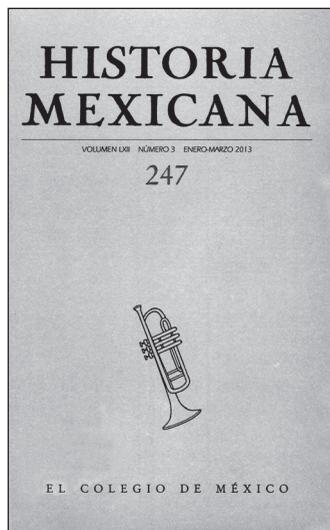
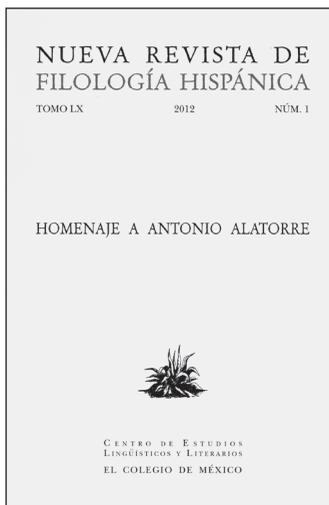
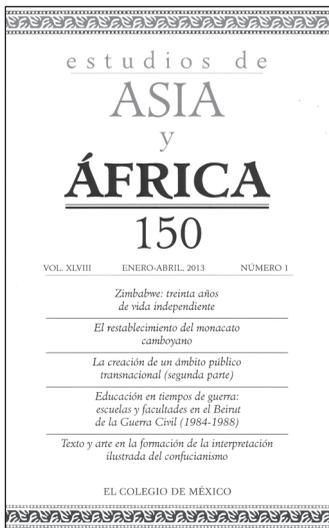
El hombre moderno en México

Pablo González Casanova

Der Erlkönig / El rey de los elfos (1782)

Johann Wolfgang von Goethe

PUBLICACIONES PERIÓDICAS



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.

Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx



Í N D I C E

Pablo González Casanova
Premio “Daniel Cosío Villegas”
■ *Arturo Alvarado* ■ 3

Pablo González Casanova
Fundador de la sociología moderna
en América Latina
■ *Francisco Zapata* ■ 5

La democracia en México, ayer y hoy
Una semblanza
de Pablo González Casanova
■ *José Luis Reyna* ■ 9

El hombre moderno en México
■ *Pablo González Casanova* ■ 15

Der Erlkönig / El rey de los elfos (1782)
■ *Johann Wolfgang von Goethe* ■ 31

EL COLEGIO DE MEXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Tel. 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCÍADIEGO DANTAN ■ *Secretario general* MANUEL ORDORICA ■ *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* ALVARO BAILLET ■ *Director de publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinadora de producción* PAOLA MORÁN LEYVA ■ *Editor* JUAN PUIG ■ *Coordinador de diseño* PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ *Coordinadora de promoción y ventas* NINEL SALCEDO ROMERO

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 159 SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 2012
Impresión: Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.
Formación y diseño de portada: EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO
ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.



Pablo González Casanova

Pablo González Casanova

Premio “Daniel Cosío Villegas”

Es para nosotros un honor presentar el día de hoy² al doctor Pablo González Casanova, quien ha recibido el premio “Daniel Cosío Villegas” otorgado por El Colegio de México, en reconocimiento a su trayectoria y sus aportaciones al conocimiento y al desarrollo de las ciencias sociales, de las instituciones universitarias, a su indiscutible mérito académico en México y en América Latina como científico y como intelectual público, y por su extendida labor periodística en la promoción de la democracia y los derechos sociales.

Desde que se publicara la convocatoria para el premio, varios profesores del Centro de Estudios Sociológicos, Orlandina de Oliveira, Francisco Zapata, José Luis Reyna y el pleno de profesores, postularon decididamente al doctor González Casanova. En nuestra iniciativa mencionamos su prolífica obra en materia de sociología, su contribución a la formación y consolidación de la disciplina, su extensa e incesante labor docente, que ha influido en numerosas generaciones de profesionales y de varios profesores de nuestro Centro, así como su participación en calidad de ciudadano e intelectual interesado por el avance de la democracia incluyente y la justicia social en la región.

¹Director del Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

²Ceremonia de entrega del Premio “Daniel Cosío Villegas”, El Colegio de México, 24 de octubre de 2012.

Su participación como ciudadano propositivo ha sido permanente desde sus estudios universitarios y a lo largo de su trayectoria pública, en donde se ha destacado por la defensa de los derechos indígenas, de las minorías, de los movimientos sociales progresistas, en la defensa de la Cuba socialista y contra el autoritarismo en América Latina.

No es tarea presentar ahora el extenso *Curriculum vitae* del doctor González Casanova; vale tan sólo mencionar que, en el acervo de la Biblioteca “Daniel Cosío Villegas”, contamos con más de 112 documentos que integran parte de su obra en diversos momentos de su producción académica, que a partir de hoy estarán en exhibición. Esa obra incluye más de 15 libros de su autoría, como también algunos ensayos entregados durante su estancia como becario en El Colegio. Entre ellos destacan sus trabajos del *Estudio de la técnica social* (1958), *La democracia en México* (1965), *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales* (1977), *Sociología de la explotación* (1980), *El estado de los partidos políticos en México* (1983), *Imperialismo y liberación en América Latina* (1983), *La hegemonía del pueblo y la lucha centro-americana* (1984), *Las nuevas ciencias y las humanidades: De la academia a la política* (Editorial Ánthropos, 2004).

También destacamos su intensa actividad como promotor y forjador de instituciones de



educación, de investigación y de difusión de las ciencias sociales. Fue director de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y rector de dicha institución. Durante su gestión como rector hizo posible la creación del Colegio de Ciencias y Humanidades y del Sistema de Universidad Abierta. También fundó y dirigió el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Tuvo a su cargo, por un periodo importante, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Flacso, y también ha sido gran promotor de asociaciones profesionales, entre las que destaca la Asociación Latinoamericana de Sociología, ALAS.

El nombre del doctor Pablo González Casanova, “Don Pablo” como lo conocen sus colegas para expresarle su admiración y estima, está asociado al desarrollo de la sociología en México. Don Pablo contribuyó a la profesionalización de la sociología durante la segunda mitad del siglo xx; Sus vertientes de trabajo incluyen innovadoras investigaciones empíricas (el ejemplo más citado es *La democracia en México* en 1965), como también exploraciones sistemáticas sobre metodología, sobre teoría social, sobre

el estudio de los grandes movimientos sociales de México y de América Latina, labor intelectual que se detalla en los ensayos de otros autores que acompañan esta presentación.

Su mérito académico ha sido reconocido a nivel nacional e internacional. Ha obtenido el título de Doctor *Honoris Causa* en varias universidades de Europa (la Universidad de Oxford, la Universidad de Cambridge), de Estados Unidos de Norteamérica (la New School for Social Research) y de varias universidades de América Latina y México. En varias universidades ha sido invitado como catedrático. Fue distinguido como Investigador Emérito y Profesor Emérito de la UNAM en mayo de 1984. Ese mismo año obtuvo el Premio Nacional de Ciencias Sociales.

Termino mencionando que su trayectoria intelectual vincula a Don Pablo tempranamente a El Colegio de México, en el que fue becario desde marzo de 1943 hasta 1949 y donde continuó sus estudios históricos y sociales, con un proyecto de tesis sobre “El paso de la ilustración al romanticismo en México”. Durante esos años conoció y recibió influencias de José Gaos, José Miranda, Silvio Zavala, de Alfonso Reyes, y mantuvo un creativo diálogo con el propio Daniel Cosío Villegas. ☞

Pablo González Casanova

Fundador de la sociología moderna en América Latina

Estimadas colegas, estimados colegas
Estimado don Pablo:

Es un honor para mí poder expresarme en esta ceremonia² en la que nuestra institución lo premia en nombre de Daniel Cosío Villegas, quien fuera uno de los grandes historiadores de México y uno de sus fundadores. Lo hago como profesor de El Colegio de México, pero a la vez como sociólogo y amigo suyo desde que llegara a México en 1974.

Es a partir de estos dos motivos que quisiera dar cuenta de su contribución al desarrollo de la sociología latinoamericana y hacerlo a partir de una perspectiva generacional.

En efecto, los que llegamos a la sociología durante la década de los años sesenta nos encontramos envueltos en una coyuntura particularmente crítica de la historia de nuestros países.

El 1° de enero de 1959, Fidel Castro hizo su entrada triunfal en La Habana. Pocos meses después, la revolución cubana debió enfrentar la invasión de Bahía de Cochinos y la crisis de

los cohetes. Casi al mismo tiempo, los ferrocarrileros mexicanos pusieron en jaque al gobierno del presidente López Mateos. En 1964, los militares brasileños iniciaron la secuela de golpes de estado que se repitieron en Uruguay, Chile y Argentina. Al año siguiente, los marines norteamericanos ocuparon la República Dominicana. En 1967, el Che Guevara fue asesinado en Bolivia. El 2 de octubre de 1968 los estudiantes mexicanos fueron masacrados en la Plaza de las Tres Culturas y, como remate de esa década, en mayo de 1969 los obreros metalúrgicos y los estudiantes universitarios argentinos se levantaron en la ciudad de Córdoba.

Esa coyuntura se caracterizó por que dio lugar a una efervescencia intelectual sin parangón en nuestros países. Me atrevería a afirmar que nunca antes se habían producido tantos acontecimientos y que simultáneamente se hubieran publicado tantos libros, se hubieran producido tantos debates y se hubieran sacrificado tantos y tantas para dar concreción a sus ideas.

En esos años, y en ese contexto histórico, la reflexión de la sociología de Pablo González Casanova contribuyó a aclarar cuestiones centrales de la fase constitutiva de la disciplina en nuestros países.

¹ Profesor-investigador del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

² Entrega del Premio "Daniel Cosío Villegas", El Colegio de México, 24 de octubre de 2012.



Don Pablo, a partir de sus reflexiones, enfrentamos el desafío de caracterizar nuestras formaciones sociales, de enfrentar las dificultades para adaptar conceptos como el de clase a nuestras sociedades, tan heterogéneas que hacían imposible encontrar a los actores que se habían concebido como predestinados a transformarlas.

Es muy significativo que los acontecimientos mencionados fueran objeto, casi en tiempo real, de grandes debates teóricos. Entre 1959 y 1969, los que estudiábamos sociología en diversas universidades de América Latina o en centros de investigación como la Flacso, tuvimos que enfrentar el desafío permanente y simultáneo de comprender lo que estaba ocurriendo en las calles, en las fábricas, en los campos, en las minas y en las plantaciones, en las poblaciones marginales, en las universidades, es decir en el ámbito público de nuestras sociedades.

Así, discutir sobre la dependencia, el colonialismo interno, la pertinencia de la categoría de clase social, la explotación del trabajo, la marginalidad, las diferencias entre revolución y democracia, el populismo, la estructura agraria, para no mencionar sino algunos de los temas centrales de la sociología de ese momento histórico, fue dictado por lo que ocurría en el escenario político, económico y social. También tuvimos que enfrentar la cuestión del lugar que muchos querían asignar a los campesinos en los procesos de cambio a través del impulso de las reformas agrarias. Dicho esfuerzo analítico sentó las bases de estrategias de transformación que, para muchos de nosotros, pasó por el compromiso militante. La sociología constituyó entonces una forma de pensar la realidad para cambiarla, y en ese propósito el trabajo de Pablo González Casanova fue determinante.

Fue en ese clima de tensiones políticas extremas, como las que se desataron en casi todos nuestros países, que tuvieron lugar los grandes debates intelectuales y políticos que formaron parte intrínseca de nuestra formación como sociólogos. Dicho aprendizaje se nutrió de los desafíos analíticos que nos permitieran comprender el alcance de los acontecimientos mencionados. Tuvimos que asumir que teníamos que conocer nuestras geografías, nuestras historias nacionales y compararlas con las de los demás países para poder producir interpretaciones ajustadas a la especificidad de nuestro desarrollo histórico.

Y, en este propósito, la preocupación que usted manifestó desde muy temprano por establecer criterios de rigurosidad científica, por medio del estudio de los métodos y de las técnicas de recolección y análisis de información, permitió que la sociología se convirtiera rápidamente en una disciplina de gran resonancia en el diseño de estrategias de cambio social y político.



Fue la combinación del trabajo intelectual, de la creación de espacios institucionalizados de reflexión y del compromiso político e ideológico lo que permitió llevar a cabo las investigaciones que dieron cuenta, en forma comprometida, de las implicaciones que el análisis sociológico tenía en los procesos de cambio social.

Este trabajo y este aprendizaje lograron identificar los grandes problemas de nuestros países y, al mismo tiempo, producir compromisos de los sociólogos con las prácticas de transformación, de los cuales usted sigue siendo, hasta el día de hoy, un hombre ejemplar. Porque, en el fondo, su trabajo y su compromiso fue y es una provocación permanente. Tuvimos que aprender a pensar y repensar la relación entre la sociología, la sociedad y la política, sin olvidar nunca que esa reflexión debía tener implicaciones prácticas.

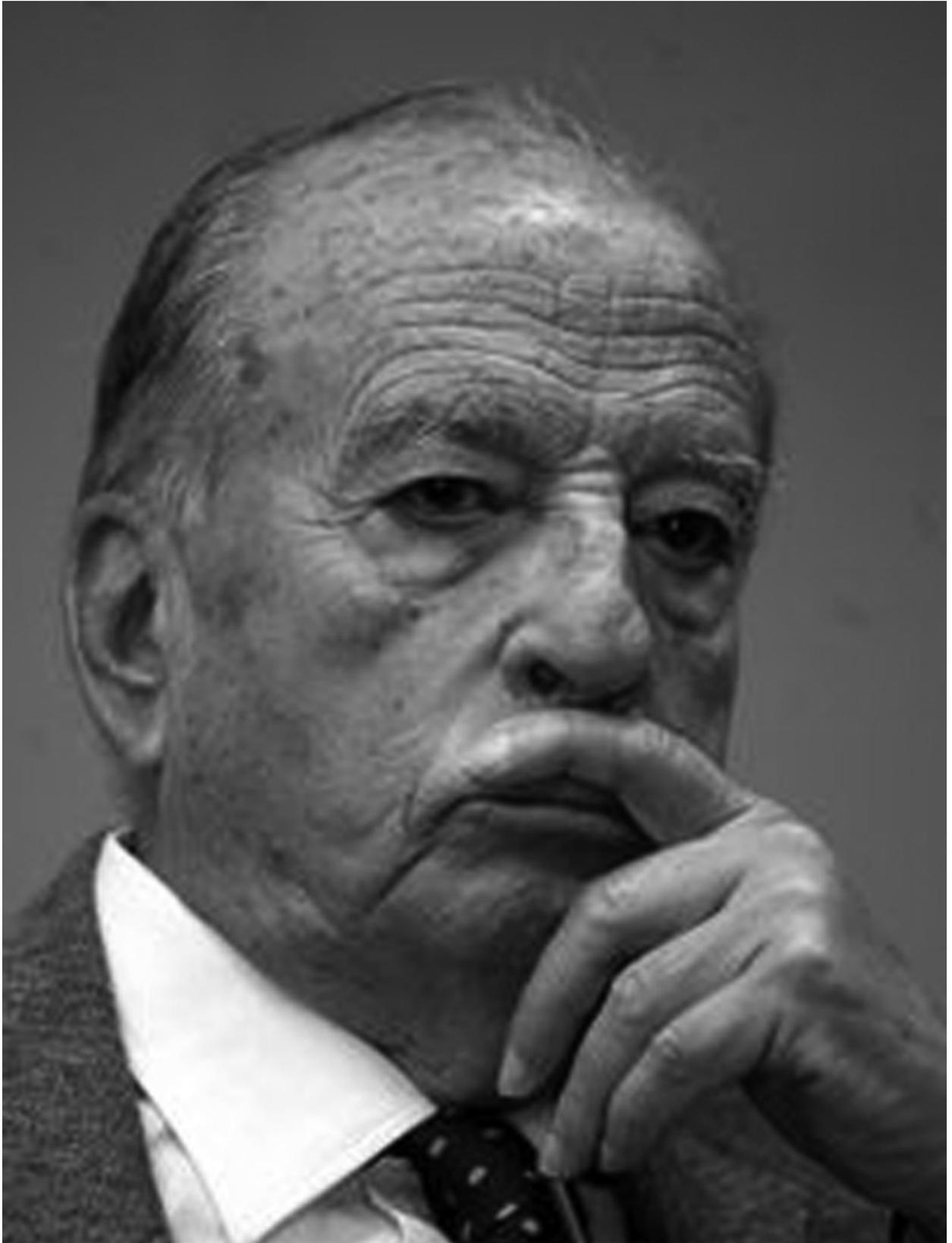
Pero no fue solo el estudio de los problemas latinoamericanos que, por su intermedio, convocó nuestra atención. Porque, en su contribución militante jugó y juega un papel determinante la denuncia de la permanente intervención de Estados Unidos en bloquear los procesos de cambio que

experimentan nuestras sociedades. Cada vez que se iniciaron procesos de participación popular, nos encontramos, de una manera o de otra, con los marines o con acciones encubiertas como en Cuba, Nicaragua, Guatemala, Panamá, República Dominicana, Chile.

Todo ello nos obligó a tomar nuestras responsabilidades, cuando la práctica nos llevó a comprometernos con los procesos de cambio que usted y sus contemporáneos implantaron en el territorio intelectual de América Latina. Dieron así sustentación teórica a la formación de una generación que tuvo la suerte de sobrevivir a los terremotos políticos de esa década y también, y sobre todo, de aquellos que no lo lograron.

Y esa sobrevivencia nos dio la experiencia y nos obligó a perseverar en el estudio de nuestros problemas, corrigiendo posturas en extremo simplificadas y asumiendo que las transformaciones sociales y políticas tenían más complejidad.

Es por ello que su contribución constituye un *faro* que, así como nos dio luz y razón a nosotros, podrá dar sentido a las reflexiones de las generaciones futuras. ❧



Pablo González Casanova

La democracia en México, ayer y hoy Una semblanza de Pablo González Casanova²

Es un honor para mí ser partícipe de esta ceremonia en la que El Colegio de México galardona, con el premio “Daniel Cosío Villegas”, al maestro Pablo González Casanova. Lo es, entre otras cosas, porque fui su alumno y porque de él siempre aprendí y, después de tanto tiempo, sigo aprendiendo. Nos une a él y a mí El Colegio y la UNAM, y en este ya largo trayecto debo decir que ha sido un privilegio compartir con mi maestro muchos tramos de mi vida profesional e incluso, me atrevería a decir, haber forjado una hermosa amistad. Muchas cosas pueden decirse respecto de su prolífico trabajo académico e intelectual, pero el tiempo, siempre acosándonos, me obliga a restringir esta intervención. Me permito empezar diciendo que uno de los libros que más ha influido en mi vida (pregunta de moda) es *La democracia en México*, publicado en 1965 por Ediciones Era.

Este texto es un parteaguas en las ciencias sociales de nuestro país. Sin duda México ha tenido a grandes pensadores e investigadores en su trayecto como nación. Sin mencionar nombres,

¹ Profesor investigador del centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

² Este texto ha sido modificado con el fin de presentar una semblanza más detallada del Dr. Pablo González Casanova. La versión original fue leída el 23 de octubre en El Colegio de México, día en que esta institución lo galardonó con el premio “Daniel Cosío Villegas”.

creo que los campos disciplinarios que más se beneficiaron de la sabiduría de algunos de ellos fueron la historia, sobre todo la historia política, y la antropología. En la época que aparece *La democracia en México*, la sociología y la ciencia política eran disciplinas casi recién nacidas en nuestro país y, por lo mismo, muy poca investigación científica se había hecho al respecto. No puedo dejar de mencionar una de las pocas investigaciones que, en muchos sentidos, se hermana con el texto que se comenta: el libro de José Iturriaga, *La estructura social de México*, publicado originalmente por Nacional Financiera en 1951. El vínculo de unión es el rigor científico que permitía empezar a conocer los rasgos esenciales de nuestra estructura social. Un descubrimiento sociológico de nuestra identidad, basado en datos que permitían observar cómo éramos e incluso hacia dónde íbamos.

Mucho influyó para el desarrollo de la ciencia social mexicana el que Pablo González Casanova haya sido también director de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, entre 1957 y 1965. Esa dependencia universitaria había sido fundada en 1951 y, por primera vez en la historia institucional de nuestras disciplinas, la sociología y la ciencia política tuvieron su espacio propio: dejaron de pedir asilo en facultades como las de Derecho o Filosofía y Letras, e in-



cluso en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Dejaron atrás su orfandad.

Habría que subrayar que en el plan de estudios, propuesto a partir de que el maestro González Casanova asumió la dirección de esa institución, se introdujo una materia clave para el desarrollo científico de esas disciplinas: se empezaron a impartir cursos sobre la metodología de la investigación, muestreo y estadística. La finalidad era clara: hacer investigación requería de procesos de verificación, y esas materias eran fundamentales para lograr el propósito de hacer de la ciencia social una disciplina empírica, sustentada en la teoría y, además, ponerla a prueba para su comprobación o rechazo.

De manera simultánea a su gestión como director de la Escuela de Ciencias Políticas, González Casanova fungió como presidente honorario de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso). Esta institución, fundada en

1957 por la UNESCO y cuya sede original estuvo en Santiago de Chile, recibió a estudiantes de todas partes de América Latina: el objetivo era formar investigadores con posgrado. Se ofrecía una maestría cuya duración era de dos años y se exigía, al final de la misma, la presentación de una tesis empírica para obtener el diploma correspondiente. En muchos sentidos, Flacso fue una especie de revolución académica, pues en sus aulas se formaron decenas de profesionales que regresarían a sus países a ejercer una ciencia social más rigurosa.

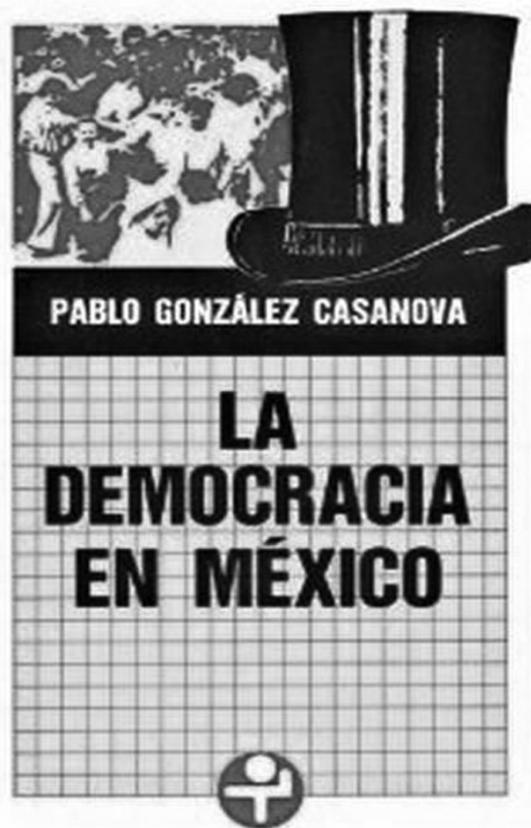
Dicho lo anterior, González Casanova fue un férreo promotor e impulsor para que muchos de los que nos formábamos en el ámbito de las ciencias sociales fuéramos a una institución que, si algo la distinguía, era el rigor y las enormes exigencias académicas. Muchos países de América Latina se beneficiaron y México no fue la excepción. Para mencionar dos ejemplos,

la UNAM y El Colegio de México acogieron a numerosos egresados de la Flacso, quienes contribuyeron a diseñar planes de estudio bajo los principios básicos de la investigación científica. Por cierto, el primer director de la Flacso (1957-1959) fue ese talentoso exilado español José Medina Echavarría, quien había tratado a González Casanova, entre 1943 y 1944, cuando fue becario del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y aquél fungió como director del extinto Centro de Estudios Sociales de esta institución.

En este contexto, el parteaguas definido por *La democracia en México* empieza a tomar forma. Primero se trata de una obra, como ya se anotaba, objetivamente crítica e impecablemente rigurosa. En las páginas introductorias del texto se define una meta que, en poco tiempo, se hizo realidad: “alentar la investigación científica de los problemas nacionales, pues mientras no tengamos una idea clara, bien informada de la vida política de México, ni las ciencias sociales habrán cumplido con una de sus principales misiones, ni la acción política podrá impedir serios e inútiles tropiezos.” Es más, se instaba a todo aquel que hiciera investigación con un llamado que no hemos superado a cabalidad: “la mejor manera de amar a México no es ocultar sus problemas.” Si vemos a nuestro alrededor hoy, en pleno 2012, creo que muchos, sobre todo algunos que conforman la clase política, no aman al país.

El tema planteado en su trabajo, el que le da forma al libro en su conjunto, surge básicamente de una pregunta: ¿hasta qué punto la democracia que hay en México condiciona y limita el desarrollo económico, y hasta qué punto debemos alcanzar una democracia que logre el desarrollo?

Varios supuestos críticos pueden desprenderse de lo anterior: la imperiosa necesidad de modificar la estructura de poder para alcanzar una meta superior de desarrollo. Por otra parte, que la democracia mexicana condiciona y limi-



ta esa meta, por lo que es necesario cambiar la estructura de poder y alcanzar una democracia más elaborada.

González Casanova concibió a México como una democracia formal, pero no una democracia real. Formal porque existían (y existen) elecciones periódicas, un sistema de partidos, pese a que uno de ellos fuera el hegemónico. El régimen político mexicano reconoció desde siempre, en las formas, la soberanía de los estados y la división de poderes. Sin embargo, pese a la existencia de esta infraestructura institucional, puede afirmarse, con base en los datos duros de la investigación de *La democracia en México*, que la estructura de gobierno y las decisiones políticas circulaban por caminos distantes de los modelos clásicos democráticos: las ideas de Rousseau, Montesquieu, Tocqueville, de los constituyentes de Filadelfia se convirtieron, en México, en simples notas de pie de página. No fue una democracia real porque el régimen era,



desde cualquier perspectiva, uno de corte autoritario.

México logró, después de un largo periodo, construir un modelo político maquillado con aromas democráticos pero, en su entraña, había desarrollado los males propios del autoritarismo que fue, estrictamente hablando, el régimen de gobierno que nos acompañó la mayor parte del siglo XX y cuyos cimientos todavía, al día de hoy, no han sido del todo derruidos. Una concentración de poder absoluta en la figura presidencial, y los demás actores como una especie de corte imperial.

En *La democracia en México* se apunta que los ciudadanos eran (¿y lo son?) marginales a los partidos, y éstos, los partidos, no vinculan a la ciudadanía con la representación. La corrupción está extendida y desde esa época ya se apreciaba, como bien se apuntó en el texto a que se hace referencia, la existencia de un débil estado de derecho. Es pertinente hacerse una pregunta: ¿qué tanto hemos cambiado desde que fueron formuladas estas re-

flexiones hace 47 años? Creo que todos sabemos la respuesta: poco. La corrupción es vigorosa, la impunidad es rampante y el estado de derecho frágil. Habría que agregar que la democracia plena todavía no llega.

Me voy a permitir citar otro párrafo de *La democracia en México* que nos lleva al pasado y nos devuelve a nuestra realidad actual: "... desde 1929 en que se funda el partido de gobierno, este no ha perdido nunca una elección presidencial, una elección de gobernador, una elección de senador..." No fue hasta el año 2000, 71 años después de fundado ese instituto político, cuando tuvo lugar una alternancia en la presidencia, por cierto fallida según mi opinión. Pasaron 60 años para reconocer el triunfo de un gobernador de oposición (del PAN), en Baja California (1989) y transcurrieron 68 años (1997) para que el llamado partido de Estado perdiera la mayoría en el Congreso. Sin duda se han dado pasos hacia adelante, pero no los suficientes como para afirmar que el régimen político que tenemos sea un detonador del desarrollo y menos que tengamos una democracia consolidada.

Las investigaciones que se desprendieron de su texto empezaron a multiplicarse poco tiempo después de que fue publicado. Se abordaron diversos temas sugeridos por el libro. Ahí está como ejemplo, entre otros, el tomo III de *El perfil de México en 1980*, publicado por la casa editorial Siglo XXI en 1972. Este libro, producto de un seminario organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, confirmó el propósito de alentar las investigaciones científicas, tal como se señaló en la introducción de *La democracia en México*. Así, siete años después teníamos algunos análisis sobre los campesinos mexicanos, del movimiento obrero y de la clase media; investigaciones sobre los grupos dominantes, sobre la migración y la marginalidad, y no podían faltar estudios empíricos sobre la estructura de poder, la dominación, la legitimidad y la participación política. Muchos de los investigadores incluidos en esa obra fueron es-

tudiantes de la Escuela de Ciencias Políticas que González Casanova dirigió, y egresados de FLACSO, la institución que presidió.

Lo menos que se puede decir de *La democracia en México* es que es una crítica a un régimen que pecaba de exceso de concentración de poder. *La democracia en México* es un eufemismo, pues el título del libro, estrictamente hablando, tuvo que haber sido “el autoritarismo en México”: fue una crítica severa a nuestro régimen político en un momento en que éste era intolerante. Toda discrepancia que se mostrara contra “los gobiernos de la Revolución mexicana” era un agravio no sólo a las instituciones sino a la persona que se encontraba en la cúspide de la pirámide: el presidente. Soplaban vientos en extremo intransigentes.

La Democracia en México es, por tanto, un libro valiente. Se publicó en el mismo año que el entonces presidente Díaz Ordaz destituyó a Arnaldo Orfila, el talentoso director del Fondo de Cultura Económica desde 1948, invitado por Cosío Villegas para que se hiciera cargo de esa ya prestigiosa casa editorial, tan hermanada a El Colegio. El “pecado de Orfila”, por decirlo de alguna forma, fue haber publicado una investigación del antropólogo estadounidense Oscar Lewis titulada *Los hijos de Sánchez* (1964). La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística presentó una denuncia contra el antropólogo americano por haber escrito un “libro obscuro y denigrante para nuestro país”. Se tachó al autor de “emplear un lenguaje soez, describir escenas impúdicas y emitir opiniones calumniosas, difamatorias y denigrantes contra el pueblo y el gobierno de México”. Díaz Ordaz la respaldó. La denuncia estuvo en manos de la Procuraduría General de la República. Al final de cuentas no prosperó. Cabe mencionar que otra revista crítica del sistema político del autoritarismo, *Política*, fue clausurada en 1967. Las plumas de Fuentes, Marcué Pardiñas (director de la publicación), Flores Olea, entre otros, causaban enorme irritación a la clase política, en particular a quien la encabezaba.



Orfila se fue del Fondo de Cultura para fundar otra casa editorial, Siglo XXI, donde muchos trabajos de investigación novedosos y críticos fueron publicados. Cabe mencionar que, entre los socios fundadores de Siglo XXI, estaba González Casanova junto con Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero y Jesús Silva Herzog.

El maestro González Casanova recibe esta distinción con el nombre de otro crítico constructivo y riguroso de nuestro régimen autoritario: Daniel Cosío Villegas. Recuérdese su texto “La crisis de México”, publicado por la revista *Cuadernos Americanos* en 1946, en donde su autor señalaba que la Revolución mexicana se había perdido y que el país estaba extraviado.

Hoy el maestro González Casanova recibe el premio “Daniel Cosío Villegas”. Creo que el merecimiento es de sobra justificado. Como Don Daniel, González Casanova ha sido un crítico riguroso del sistema político. Antonio Alato-



re, en un libro recientemente publicado por El Colegio de México (*Estampas*, 2012) dice de Cosío Villegas algo que es aplicable a González Casanova. “Don Daniel es un hombre que se interesa profundamente por los demás. (...) lo he visto interesarse por los jóvenes, estimularlos y apoyarlos, seguir con cariño, y a veces con admiración y aun con cierto orgullo, los progresos que hacen en su carrera. Es un hombre que practica con sencillez, sin aparato, como sin darle importancia a la cosa, el arte maravilloso de ayudar a los otros” (p.15). Estoy seguro que las mismas palabras son aplicables a la trayectoria de González Casanova, y estoy seguro que, si Don Daniel estuviera aquí, entre nosotros, se habría regocijado enormemente por haber sido el maestro González Casanova el merecedor del premio que lleva su nombre.

Concluyo. Creo que la ciencia social actual, en particular la sociología política mexicana y

latinoamericana, no puede entenderse sin las aportaciones de González Casanova. Su trabajo académico e intelectual abrió el camino de muchas investigaciones (incluyendo algunas colectivas que él mismo promovió como *La historia de la clase obrera en México*, publicada por Siglo XXI) y dio pie para la formación de muchos investigadores que, a su vez, formaron a otros.

Gracias a ese esfuerzo intelectual uno puede tener una idea de los vaivenes de nuestro sistema político, de nuestra muy particular democracia y de muchos otros problemas que aquejan al país. Hoy, en 2012, podemos comparar el régimen político con aquel que fue analizado hace 47 años. Eso es un legado invaluable.

Me siento muy orgulloso de que Don Pablo haya sido mi maestro y me siento muy orgulloso también por compartir estos momentos con él .

*El hombre moderno en México*¹

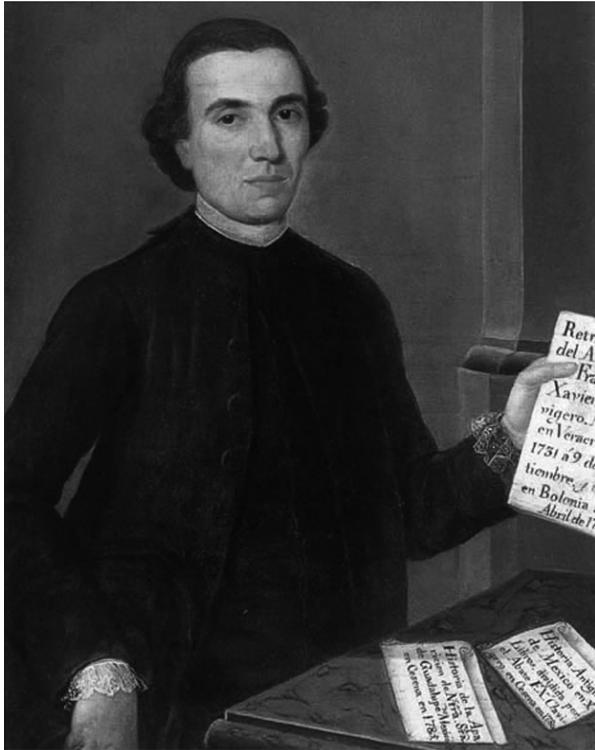
Desde el siglo XVIII aparece en México un espíritu moderno y científico, emprendedor y revolucionario. Clavijero y Gamarra, Alzate, Mociño, Bartolache, Montaña, Elhuyar, Del Río, son algunos de sus principales representantes. Ese espíritu cabe dentro de la órbita de la Ilustración Europea. Se ostenta en principio –en los altos círculos culturales– como una tímida Modernidad Cristiana, que ni quita ni pone reyes o dioses, como simple reforma de métodos y técnicas de investigación, como remozamiento de la cultura académica anquilosada, estéril, que lleva a cuestras una Edad Media, muerta ya en los silogismos y en la prédica huera de la filosofía y de la ciencia. Su postulado original –fuente de las luchas renovadoras– reza así: La ciencia nueva no ataca más autoridad que la de Aristóteles. La filosofía moderna sólo destruye el principio de autoridad en las actividades científicas.

¹ Este texto forma parte de la reedición que se prepara, en un solo tomo, de textos del Dr. Pablo González Casanova, publicados por El Colegio de México en distintos años, a saber: *El misonéismo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII* (1948, 228 pp.), *Una utopía de América* (1953, 174 pp.) y *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia* (1958, 192 pp.).

[N. de la Red.]

Pero la Modernidad Cristiana es en el fondo un primer lance para romper la rutina española, una pugna que florece en la Metrópoli y en América contra España la vieja, y contra los hábitos intelectuales, sociales, políticos y económicos del Imperio. Al cabo del tiempo el supuesto ingenuo o mañoso del antiaristotelismo y de la lucha contra las autoridades científicas entra en una corriente histórica y social, que le da un sentido de mayores alcances, muy contrario al Rey de España y a los dueños de América. Se alza al fin el Liberalismo Ilustrado, también Cristiano, pero mucho más agresivo en lo político. Es la filosofía de la Independencia de América, base espiritual de nuestro siglo XIX, de las revoluciones que privaron a España de sus colonias, y de las revoluciones que fueron transformando a los países de América y alejándolos cada vez más de la vieja estructura colonial.

El hombre moderno de la Ilustración tiene preocupaciones científicas y ambiciones políticas, sociales y administrativas, que habrán de dar una traza totalmente nueva a la historia mexicana. La Modernidad Cristiana y el Liberalismo Ilustrado –como movimientos neotéricos– no bastan así para caracterizarlo. El hombre moderno adquiere una visión desusada de la vida y del mundo, en la que cola-



Francisco Javier Clavijero

boran la idea que se forma de sí mismo y de los otros, y el sentimiento de un poder enajenado que arrebató al fin a los dominantes. El hombre moderno de la Ilustración, criollo y mestizo principalmente, tendrá por vez primera, a fines del siglo XIII y principios del XIX, la sensación de que la historia es *su historia*, la Nueva España, *su México*, considerado *ya no como región* sino como Estado, y el poder, *su poder*, así sea político, científico, económico o administrativo. Este intento vehemente de apropiarse la historia, la tierra y el poder es una verdadera rebeldía, y caracteriza al criollo tanto o más que su adhesión a la filosofía moderna. Provoca una búsqueda forzosa, e implica una lucha sangrienta. Una búsqueda del pueblo y su historia, una lucha por el poder. Pero la apropiación no es inmediata ni fácil. El historiador tendrá que ayudar al político a adueñarse del Estado. El político tendrá que auxiliar al geógrafo para encontrar los límites de la patria. Al fin intervendrá el pueblo.

El impulso renovador, iniciado por la Modernidad Cristiana, dio al hombre un carácter insospechable. Al animarlo a que se apodera de sí mismo –de su historia– y del Estado, lo empujó a una actividad creadora, a forjar el pasado y el futuro de la nación. Con ello el tono de la vida colonial desapareció, pues en la Colonia la Creación era un hecho del pasado, de Dios y los españoles. El pasado era hispánico y no contenía frutos de liberación. A partir del surgimiento del hombre moderno, el pasado empezó a ser mexicano, como el Estado, y como el proyecto de una felicidad futura. El liberalismo ilustrado fue origen de la Patria. Colaboró intensamente para precisar el nacionalismo. Provocó un fenómeno que en Europa no tendría razón de ser: la liberación de una colonia, el nacimiento de un Estado nuevo, y la búsqueda de las características históricas, antropológicas y geográficas, en el más amplio sentido de la palabra, de ese Estado. Lo que en Europa fue Independencia del antiguo régimen, en América fue independencia política, administrativa y moral del régimen español. Por eso al suceder a los Borbones y a los nobles hizo allá el pueblo el elogio del pueblo, y aquí hizo el elogio del pueblo mexicano. Esta adjetivación del sustantivo provocó una oposición principal de naciones aquí, mientras allá desataba originalmente una oposición de estamentos y clases. Aquí se defiende el color y se buscan las posibilidades creadoras de la raza. En oposición al blanco y al extranjero se levanta el indígena. “La revolución no ha dejado de perjudicarlos –decía Mora refiriéndose a los indios– porque han pretendido serlo todo de un golpe, antes de tener disposiciones para nada, y las pretensiones de algunos de ellos han llegado hasta a proyectar la formación de un sistema puramente indio, en que lo fuesen exclusivamente todo”²

² Mora, José María Luis, *México y sus Revoluciones*, París, Librería de Rosa, 1836, t. I, p. 67.

La grandeza de América y de lo americano es defendida con más tenacidad que nunca. En ello va la vida independiente de las nuevas naciones. La historia del indígena es heroica y magnífica, la tierra del indígena es rica, las virtudes políticas del indígena son ejemplares. El historiador ayuda a hacer los mitos del pueblo nuevo. Lo declara antiguo y con tradiciones de grandeza. Hace un elogio de lo propio, que tiene una función creadora. Es un elogio de redención. El indígena –indio sobre todo, mestizo e incluso criollo– merece justicia. Pero no sólo la merece sino que debe hacerse justicia de acuerdo con la historia de su grandeza y también con la nueva razón, con la ideología del liberalismo, que es la verdad. Porque al hacer el elogio de sí mismo el mexicano de la Independencia no cerraba las puertas a la cultura europea. Tan esencial a su liberación era su historia como su nueva filosofía. Su rebelión era verdadera y lo llevaba a apoderarse de los instrumentos de ultramar, de los más nuevos, de los que lo habían despertado del sopor, de los que habían empezado por liberar su mente. Él hacía un elogio de su fuerza. Su fuerza estaba fincada en el fausto de su historia, pero también en su inteligencia para captar el mundo, para apropiarse de la verdad cósmica, estuviera donde estuviese. Su negación de Europa no era ciega, ni indiscreta y sin juicio, pues habría sido de esclavo. Con la mirada más alerta buscaba el saber de sus enemigos y de sus correligionarios europeos. Ayudado de la nueva filosofía señalaba las miserias de sus blancos señores y la posibilidad de ser grande como los más notables y admirados extranjeros de sus días. Se daba cuenta de que para crear necesitaba adueñarse de nuevas ideas y viejos pasados. No se alejaba de Europa, la descubría al tiempo que desentrañaba su propia tierra y su historia. El conquistador descubierto sucedía en su espíritu al conquistador que lo descubriera.

Así, con el advenimiento de la independencia política de México estaba aparejada no la independencia del espíritu occidental sino su



José María Luis Mora

apropiación, y concretamente la conquista, cada vez mayor, de ciertas ideas de la nueva Europa para la creación del México Nuevo. A ella se sumaba la toma del pasado; de la historia indígena. Y estas apropiaciones de las verdades nuevas y de las viejas reforzaban la idea de la independencia del Estado.

Quizá la independencia del Estado era la más importante de todas las apropiaciones. Acompañada de una sensación general de poder revolucionar y de poder reformar, se puede decir que es el dato original que da nacimiento a la nación mexicana de 1820. La apropiación del Estado es el eje espiritual del hombre moderno de México, que hasta entonces, por muchas luces que haya tenido, por mucho que haya participado de la cultura del Renacimiento o de los grandes sistemas del siglo xvii –suponiendo que este hecho fuera del todo cierto–, no era un hombre moderno, pues le faltaba decisión creadora. Le faltaba el impulso que le diera la corriente filosófica del xviii y que



Vasco de Quiroga

lo hiciera crear su pasado y su Estado. En esto, la evolución de los mexicanos de la Ilustración habría de distinguirse también de la evolución de los europeos. Europa no necesitó de la Revolución Francesa para proyectar por vez primera una renovación de la cultura, de la sociedad y de la vida. El poder siempre estuvo en sus manos o a la mano, y los filósofos que florecieron allí, desde siempre, o mejor dicho, desde la constitución de las naciones europeas, habían tenido conciencia del poder. Su vida independiente siempre tuvo cerca el poder, y en su esclavitud los europeos siempre amenazaron al poder con una teoría de independencia. En ese sentido fueron creadores antes de ser Ilustrados. América hubo de esperar la Ilustración para decidir teórica y prácticamente la negación de un estado colonial; para afirmar la libertad y la posibilidad de adueñarse del gobierno. En la época colonial americana el Estado no fue un problema radical. Cuando surgían cuestiones de gobierno Europa debía resolverlas. Cuando se planteaba un pro-

yecto administrativo iba a parar a las autoridades españolas. Las rebeliones aisladas carecían de ideas generales. Las protestas populares no estaban reforzadas por una ideología rebelde: “Las masas, sumidas en inverosímil ignorancia –dice Sierra–, tenían algunos desiderata, más bien locales que nacionales; tenían odios sobre todo, que es la pasión de los oprimidos”³. Los filósofos eran esclavos. Seguían con fiereza las antiguallas. Propalaban la servidumbre al Estado. A lo más pedían enmiendas parciales; pero reconocían siempre la autoridad sagrada y política. Por eso América no pudo hacer entonces en Indias sino utopías locales –como la de Vasco de Quiroga–, utopías administrativas. Porque la utopía, en el más amplio sentido de la palabra, es un intento de Creación que niega a la autoridad, y los americanos no pensaban en crear un mundo, ya que estaba creado de ante-

³ Sierra, Justo, *México social y político*, en *Obras Completas del Maestro...*, México, 1948, t. IX, p. 154.

mano, ni siquiera pensaban negar a la autoridad con quimeras. Hasta que la Ilustración dio forma a su rebeldía, a su pasado y su futuro, no se integraron a la cultura prometeica. De ahí que la Ilustración tuviera una importancia tan grande en América. Formuló la conciencia de los pueblos coloniales. Dio nacimiento a un fenómeno de independencia. Un movimiento tan tímido como la Modernidad Cristiana fue en América toda una revolución espiritual, una novedad, porque hizo de cada hombre autoridad y lo acercó a la creación del Estado, de la vida política y social. El Liberalismo Ilustrado –heredero legítimo de la Modernidad– continuó decididamente la obra revolucionaria de ésta, al sentar las bases teóricas del hombre independiente de América, original y permanentemente reformador y revolucionario. Esos dos movimientos colaboraron para apuntar una forma nueva a la idea que tenían los americanos del poder, les dieron conciencia del poder que no tenían y de la posible renovación –pacífica o revolucionaria– de los poderes. Y cuando al fin los mexicanos hicieron la independencia política y pudieron manejar el poder, reforzaron activamente esa calidad de hombres modernos que los había llevado a la lucha. Así, desde este punto de vista, las estructuras sociales más importantes que formaron al hombre moderno fueron la ideología liberal e ilustrada, el indigenismo pre-romántico y la apropiación del poder político, económico, jurídico, administrativo. Liberalismo, indigenismo histórico y antropológico, y poder político, hicieron que los mexicanos vieran la Creación como hecho del futuro.

Pero las cosas no iban a quedar allí. La dosis de modernidad con que el americano va a iniciar su vida independiente habrá de recrear y los lazos con el pasado inmediato se habrán de relajar muchísimo. Las novedades del mundo se pondrán de moda. Llegarán incluso a superar a ciertos mitos históricos, que fueron motor de la Independencia, como el de los indios libres y nobles de la América indiana. El amor por las novedades filosóficas, jurídicas y políticas será

un mito tan poderoso como la creencia en lo *perfecto*, que dominaba a la época colonial. Lo desusado será bueno. Por momentos desaparecerá toda crítica de lo nuevo. Habrá creyentes. Sólo el rencor sordo de los conservadores se permitirá la crítica –a veces razonable– de las ideas que nacen. Contra la fe del gran siglo aparecerá así, por una curiosa ironía, la crítica de los crédulos, pero ésta no será bastante para detener las novedades. El hombre moderno de México llegará a extremos a que nunca llegó la Madre Patria. Esos extremos son la Reforma y la Revolución de 1910. La Reforma de Juárez y los suyos es un rompimiento definitivo con el Antiguo Régimen,⁴ y la Revolución es una rica vertiente de mundos nuevos. Una y otra demuestran las fuerzas que se atribuyeron los mexicanos para cambiar su vida y para romper con lo que les había sido dado. Reveían un espíritu creador incontenible, el cual se explica por infinitas causas, económicas, culturales, políticas, filosóficas, etc., pero puede ser analizado tomando como guión el cambio real de la sociedad, que afecta todos los órdenes de la vida. A ese cambio se sumaría la anarquía social que invita a la construcción, y a la anarquía, la injusticia del pasado, que sobrevive, e inclina a la nueva justicia.

En un breve estudio sobre *Las transformaciones de las técnicas*, el historiador francés Marc Bloch formula esta pregunta: “¿No debe uno suponer que una sociedad animada de un poderoso movimiento interno (provocado por desastres diversos, por razzias, por migraciones forzosas), en la que los antiguos cuadros se desbaratan, tiene una naturaleza, una facultad

⁴ Aun cuando la Reforma no haya acabado con todas las características sociales y económicas del Antiguo Régimen, al aplicar las leyes de Desamortización y de Nacionalización creó un latifundismo laico –como acertadamente lo llama José E. Iturriaga– que se alió al capitalismo internacional y postuló el liberalismo en lo político y el positivismo en lo filosófico, razones todas ellas que impiden considerar que esa sociedad de fines de siglo y principios de éste fuera feudal, como algunos lo han dicho. José E. Iturriaga, *La estructura social y cultural de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.



Benito Juárez entre Josefa su hermana y su esposa Margarita

de adaptación más grande?” Es una pregunta afirmativa como pocas y se ve plenamente confirmada en nuestro país.

En el siglo XIX México sufre innumerables desastres internos e internacionales. Los cuadros coloniales se van quebrantando. Se suceden las levadas, las revueltas, los poderes, los planes de trabajo. Viene la destrucción de los conventos y de las grandes propiedades eclesiásticas. Viene la destrucción de las leyes. Las cosas no pueden quedar así. La conciencia del cambio aumenta con el amor a las novedades, a las resurrecciones, y con el cambio real.

Por un lado la inestabilidad social provoca un deseo de acumular bienes y el temor de lanzarse a empresas de larga envergadura. Se salva quien puede: el avaro y el timorato. Por el otro, la inestabilidad social inevitablemente conduce a un deseo de renovación, de reorga-

nización. Las masas quieren esperar del que promete y hay grupos de hombres que cifran su salvación en la salvación de la sociedad. Luchan por apoderarse del gobierno y de las fuentes de la riqueza. Enarbolan sus banderas para la contienda. Proclaman que su enseña es nacional. Las ideas cumplen una función muy importante. Los conservadores evocan la calma del pasado. Los liberales acarician las promesas del futuro. Nacen así las divisas del siglo, *Orden y Progreso*. Ambas reflejan la idea de cambio. No son de actualidad por un simple contagio literario, sino porque la propia historia política y social de México hace que los hombres las antepongan al desorden de las guerras, a la anarquía y al retraso económico, político y social. Las palabras *Orden y Progreso* demuestran, a lo largo del siglo, que el Estado sigue siendo un problema radical para el

americano, y que al descubrir éste en la Ilustración la idea de la creación del Estado ya no la abandona nunca.⁵

Orden y Progreso parecen ser resumen y bandera de todo cambio pacífico y guerrero del siglo XIX; pero las acciones bélicas, la anarquía —el cambio real—, son a su vez causa de una mentalidad que piensa fácilmente en las mudanzas, en las innovaciones. Si los mexicanos que luchan por el *Orden* producen la anarquía y los que luchan por el *Progreso* desencadenan la barbarie, ello no obsta para que crean con vehemencia en los cambios. Unos y otros están agitando los espíritus, manteniéndolos en un estado de renovación y de reflexión permanentes. Coinciden con la idea abstracta de las transmutaciones sociales, ya sea para volver a la tradición, ya para instaurar una sociedad nueva por sus leyes y su vida. Todos más o menos se acercan al jefe político —al rebelde local, o al dirigente de un movimiento revolucionario nacional—, que tiene “el fuego nuevo” y reorganiza el mundo. Esperan de él una mejoría pública, un perfeccionamiento del Estado, pero también, como es obvio, pingües ganancias.

La sociedad mexicana, una vez habituada a los cambios violentos, adquiere mayor predisposición para las enmiendas sociales y políticas, que según piensa aliviarán su suerte. La mejora puede ser parcial y momentánea —algo así como un botín— pero también estable. Es el caso que las revoluciones capacitan a la sociedad para el progreso, y la anarquía para el orden, aligerándola de hábitos y dándole un sentido del cambio y de la historia más vivo que en otros pueblos.

⁵ En México la idea de crear el propio mundo no tiene pocas limitaciones: desde antes de la Independencia se piensa en ofrecer la corona a un príncipe español o europeo, y cuando el clero y los latifundistas se ven amenazados por Juárez solicitan el apoyo de un príncipe extranjero. No obstante eso, los grupos que defienden la independencia de México y la idea de que México puede forjar su propio destino siempre han acabado por triunfar de esa amenaza constante en la vida de todo pueblo débil: el colonialismo.

El hombre moderno que quiere producir un nuevo orden produce cuando menos un desorden que favorecerá la idea de cambio, que agitará no sólo su espíritu, sino el de los simples campesinos, el del pueblo en veces escéptico, deseoso de redimirse por la lucha ideológica, tan superior al robo —principio inmoral y desordenado. Y cuando el hombre moderno es progresista incita también a los conservadores al cambio y los arrastra al presente. El cambio es así la ley del siglo XIX, la idea que priva apasionadamente en todos los espíritus —ya por miras cotidianas, ya por miras heroicas.

Esa predisposición a las reformas y a las innovaciones sociales —que determina las oscilaciones más agudas entre optimismo y pesimismo— no es suficiente para explicar en forma concreta las ideas de cambio. La idea de cambio implica tanto la idea de evolución, revolución y progreso, como la idea de orden, de tranquilidad y de paz, a que se aspira y por las que se desea modificar la sociedad. Estas ideas implican otras, limitadas por su contenido, por los grupos sociales que las defienden y por sus efectos sociales. La cuestión es difícil de desbrozar porque la idea de cambio fue simplificada en nuestro siglo XIX hasta el abuso, lográndose con ello la máxima abstracción y, por lo tanto, el más fácil empleo de las dos palabras que la representaban.

Orden y Progreso se convirtieron en una especie de Verdad y Mentira, de Ariel y Calibán. Cuando se unieron como un solo lema fueron el Ariel de un Calibán retardatario y desordenado. Pero siempre aparecieron tajantes, metafísicas. Fueron el Dios y el Diablo de la historia. Los demiurgos emplearon para conquistarlas toda suerte de magias y adivinaciones. Se hizo una ética del Orden y otra del Progreso, una metafísica, una estética. Pero por debajo de la magia, de la adivinación y de la metafísica de esas palabras se encuentra un sentido concreto. Para comprender la idea de cambio es necesario estudiar esas dos palabras y ese sentido



Justo Sierra y su esposa Luz Mayora y Carpio.

concreto, que aparecen, si se las relaciona con su contenido ideológico, con los grupos y clases que las defendieron y con los efectos sociales que produjeron.

Un análisis semántico de las palabras *Orden y Progreso* resultaría muy interesante para saber con exactitud todas las formas en que fueron aplicadas. *Orden y Progreso de la filosofía*, de la religión, del arte, de las letras, de la educación, del espíritu cívico, de la economía, de la industria, de la libertad. El análisis llevaría a terrenos más firmes. Las palabras cobran vida en relación con los valores postulados en cada terreno del pensamiento y de la cultura. Lo que es orden en religión puede ser desorden en política, etc. Pero el análisis no se puede hacer sin atender, también históricamente, a la idea de los medios y de las medidas que habrían de tomarse para cambiar –ordenar o hacer progresar– a la sociedad: quién –liberal o conservador– oscilaba entre la reorganización administrativa y legal, más o menos efectiva, y el providencialismo;

quién, entre la práctica de una técnica real o imaginaria; quién, entre el progreso material y el teórico o el teológico; quién, entre el deseo de recurrir a un hombre providencial, a Dios o al pueblo, etc. Se ve así –y en buena parte habremos de comprobarlo en las siguientes páginas– que los mexicanos del siglo pasado al hablar del cambio, del Orden y el Progreso, y al pensar en los medios de realizarlo, le daban el contenido propio de una filosofía más o menos naturalista o pragmática, o el de una filosofía sobrenatural e incluso espiritual, que hacía de un elemento irracional (Hombre providencial, Dios, Acaso, etc.) la fuente de toda solución.

La semántica de esas dos palabras y la relación de las ideas de *Orden y Progreso* con los distintos terrenos del espíritu, lejos de alejarnos de lo social, nos acercan dando una pauta todavía más firme para analizarlas. En principio el *Orden* fue bandera de conservadores, ya que se oponía al “desorden de la libertad”, y el *Progreso* fue bandera liberal que se enfrentaba

al misoneísmo de los conservadores, al orden establecido. Como se puede percibir fácilmente, lo social da la clave para encontrar el contenido concreto de la idea de cambio. El grupo o los grupos que defendieron las banderas del *Orden y del Progreso* son los que verdaderamente definen esa idea, que de nuevo parece escaparse cuando se buscan los efectos de las luchas políticas y sociales, cuando la realidad contradice la bandera del *Orden y el Progreso*, pues si las palabras vivieron en nuestro siglo XIX con gran aliento, los hechos estaban siempre allí contradiciéndolas, inhibiéndolas, poniéndolas en ridículo. Por una parte hasta los bandidos y los asaltantes llegaron a hablar de *Orden y Progreso*; por otra el conservador pudo hacer progresar a la Nación —digamos en el terreno industrial—, y el liberal pudo ordenarla, de lo que es buena prueba el régimen de Porfirio Díaz que personifica la doctrina que consideraba el *Progreso como la evolución del Orden*.

El cambio del siglo tuvo muchos sentidos. Las palabras *Orden y Progreso* nacieron de los más opuestos programas, grupos y clases, y llegaron a producir los más contradictorios efectos. Pero el siglo no se comprende sin esas palabras, como no se comprenden las palabras sin los grupos sociales que las defendieron. Y si la idea de ordenar correspondía originalmente a la sentencia del Génesis —en siete días Dios ordenó el mundo—, y la idea de progresar correspondía a las mejoras de la máquina y a la acumulación del conocimiento técnico, es decir a la más reciente filosofía, ambas palabras reflejan por entonces una transformación voluntaria del mundo, y en particular la idea de que los mexicanos son capaces de ordenar o mejorar su propio mundo.

Pero aparte de esas palabras, que sirven para esclarecer la idea de cambio, hay otras dos: libertad y riqueza. Las ideas que representan no dejan de estar relacionadas con aquéllas. Libertad y riqueza adquieren a menudo la categoría de *Causa Prima* del movimiento histórico.



Porfirio Díaz y los suyos

La libertad es la llave del progreso, de la paz y del enriquecimiento de las naciones. Guarda el sabor de su origen marino, amante de lo universal: se ha luchado tanto por ella para acabar con las fronteras y las cortapisas del comercio humano y divino, que se ha llegado a pensar que, con sólo obtenerla, los problemas del mundo quedarán resueltos. El liberal mexicano del siglo XIX tiene esta idea excesiva de la libertad.

Por otra parte, la riqueza se identifica con el progreso material, y de hecho —en Europa inclusive— se tiene fe en que el progreso de unos cuantos, andando el tiempo, será el progreso material de la comunidad. La fe en la evolución de la industria es característica de toda la primera mitad de siglo. Hay liberales y conservadores que tienen una visión hipertrófica de la evolución de la riqueza a través de la técnica. La técnica se convierte en salvadora. Son dos ideas abstractas: el hombre no se pregunta: ¿Libertad de quién? ¿Técnica de quién? Los grupos socia-



Madero, León de la Barra, Bernardo Reyes

les no son relacionados con las ideas. Pero la realidad social les da una vida justa y concreta y un sentido a menudo opuesto, contradictorio. Así llega a aparecer la industria como enemiga de la libertad y viceversa. En el fondo los grupos las toman como símbolos de luchas complejísticas, anteponen la libertad a la industria o la industria a la libertad. En el México independiente los liberales llegan a formular una ordenación que se halla implícita en todas sus luchas. La libertad, a través de la educación (*primo*) y de la industria (*secundo*), lleva al progreso humano y al orden de la sociedad. Los conservadores obtienen una fórmula distinta: la industria, junto con la educación religiosa, moral y técnica, y junto con un orden político que mantenga la moral y la religión, lleva al progreso, a la libertad y a la felicidad.

Y aunque aparentemente la industria corresponde a una idea de la realidad menos abstracta, y es ligada por los conservadores a

realidades culturales, religiosas, etc., es sin embargo abstraída de las estructuras económicas y sociales que están por encima de ella (de los problemas nacionales e internacionales de producción, distribución, circulación y consumo), por lo que al fin y a la postre aparece también como una idea abstracta.⁶

Las ideas libertarias e industrialistas estuvieron íntimamente ligadas con las ideas de Progreso y Orden. Cuando el sector más avanzado de México, el liberal romántico o positivista, se quería desprender de lo pasado y progresar, pensaba de inmediato en dar libertad y en educar a su pueblo filosófica, política y económicamente. Y el conservador, torturado por el Orden, tenía como meta el orden religioso y moral, pero también el orden económico que enriquecería a la nación.

La libertad y la educación fueron otro *leit motiv* de nuestro siglo XIX, como lo fueron quizá en un grado menor, pero no menos característico, la religión y la técnica industrial. La educación no era tan sólo un elemento fundamental de la administración del Estado, como lo es hoy, sino la clave de toda solución a los problemas sociales. La técnica industrial era resultado, pero también se le veía como causa de la Civilización. Aumentarla por todos los medios era una idea común, a partir de la independencia. La industria cabía dentro de esas dos grandes categorías del Orden y el Progreso, e incluso era una primera piedra para hacer el puente entre una y otra. La industria, en un pueblo como el mexicano de la primera mitad del siglo, era una meta, una posibilidad de cambio. Imponerla en los espíritus requería el que sus defensores recurrieran a las ideas abstractas y fluidas de *Orden y Progreso*, e incluso el que encontraran en un sector de la sociedad mexicana las bases psicológicas y culturales ne-

⁶ Cf. Pablo González Casanova: "Ideología de la primera industrialización mexicana", en *Jornadas Industriales*, 2a época, núm. 21, pp. 25-48, México, oct. de 1952.



Ángeles, Pino Suárez, Madero, Blanquet *et al.*

cesarias para las innovaciones. Esas bases estaban evidentemente maduras hacia 1830, época en que empieza un vigoroso esfuerzo para industrializar al país minero y agrícola. En que el hombre moderno de México, conservador o liberal, considera necesario y básico el cambio de las técnicas de producción, y logra un primer paso importante para desarrollar la industria nacional.

El *Orden y el Progreso*, banderas del siglo, junto con la capacidad de cambio, fueron los principales enemigos de la rutina en materia de técnicas, de esa rutina propia del “campesino que no discute ni su práctica ni la que se le propone para reemplazarla”.⁷ En el México del siglo XIX –desde los principios de la vida independiente– se discutieron, por el contrario, todas las innovaciones industriales, con

⁷ Flucher, Daniel, “Routine et innovation dans la vie paysanne”, en *Le travail et les techniques*, París, 1950, p. 89.

la misma pasión que puso el siglo en materias políticas, religiosas y educativas. Junto a la idea del hombre nuevo surgió la idea de una nueva técnica y de un México industrial; con la idea de la libertad individual apareció la de un México independiente por su capacidad de producción, por su industria. Y esta última idea fue defendida indistintamente por los conservadores –hombres nuevos también– y por los liberales, contra conservadores y liberales partidarios, por ejemplo, de un México minero o de la libertad de comercio.

Pero el impulso que predispone a las innovaciones, que decide a los hombres a plantar la libertad en un país tiranizado, y a establecer una industria poderosa en un país minero y pobre, no carece de contradicciones. Si el cambio apresta la mente a las innovaciones, no es ésa la única causa ni es ése el único efecto. Como dijimos antes el cambio es un índice de adaptaciones. Nada más. Por una parte



Madero en Cuernavaca

el cambio del siglo XIX es lucha entre grupos y clases, por otra es Caos. Las catástrofes son un aspecto importante en la evolución del siglo. El mundo se hace y se deshace. Hay un hilo de tragedia que atraviesa el siglo de parte a parte. Esa tragedia es escandalosa y abrumadora. El fracaso como tal afecta a muchos espíritus. Los vuelve escépticos o desvergonzados. Los apronta a la inacción, o al desquite. Los separa de la sociedad. Los arrumba en su individualidad. El medro está a la orden del día. El robo se vuelve característico del pueblo. El soborno adorna a las autoridades. El cohecho es privilegio de comerciantes. Y México adquiere una etiqueta. País desastroso, inepto, incompetente, ladrón. Como de costumbre, el extranjero hace la leyenda negra. El viajante cuenta del robo, del silencio amenazador de las campiñas, del despegue bárbaro que se tiene a la vida, de la muerte. ¿Qué hay de cierto en todo eso? Algo nada más. De hecho se perpetra una escisión brutal de la realidad. México entra en la fórmula del

bien y el mal, del optimismo y el pesimismo, del orden y el desorden. Y así como nosotros abusaríamos pensando que el México del siglo XIX fue exclusivamente creador y racional y sólo excepcionalmente caprichoso y caótico, así el extranjero —ese extranjero por antonomasia que habla del destino innato de las naciones— abusaba al considerarlo un pueblo sin sentido político.

El cambio produjo también el pesimismo. El cambio brutal parió a los escépticos, a los desordenados, a los facinerosos. Dio idea de inestabilidad, de esterilidad. Desde principios del siglo hizo que naciera un fantoche: *Don Antonio Siempre el Mismo*, símbolo mexicano del eterno retorno, personaje popular de panfletos y folletines políticos, que se plantaba en medio de la plaza para reírse de todo programa de gobierno, de todo proyecto, de todo optimismo falso o verdadero.

Pero si al optimismo del siglo XIX mexicano corresponden también un escepticismo y un pesimismo cíclicos e incluso permanentes, éstos se localizan desde luego entre los hombres alejados del poder, entre las clases medias, a ratos incrédulas del mundo, o entre las gentes del pueblo, que habiendo combatido por cambiar la faz de la tierra, habiéndose acercado a los jefes y luchado al lado de ellos, vuelven a sus creencias antiguas sin un aparente progreso, e incluso con cierto temor hacia las innovaciones. Y cuando el escepticismo afecta a los grupos que gobiernan, aparecen con esa lucidez iturbidiana o santannina la desvergüenza del caudillo y la soldadesca, la inmoralidad pública, el desenfreno, el amor y desdén de la vida.

Pero cuando los escépticos atesoran el poder el siglo los despeña. Y cuando los escépticos pobres guardan prudente calma, el hambre los empuja. Y no sólo los empuja a tomar la escopeta y a lanzarse a las revueltas, sino los obliga a pensar, los hace imaginar mundos mejores. Por eso es un error, por desgracia frecuente, considerar que sólo una élite piensa en México.



Cristeros

El pueblo discurre mundos mejores. El haber pensado en ellos salvó a los dirigentes progresistas, determinó movimientos importantísimos, como la Reforma y la Revolución de 1910. Allí está para dar testimonio la filosofía popular mexicana que se encuentra en los procesos de la Inquisición y en la literatura revolucionaria. No es cierto, como se ha dicho, que el pueblo fuera sólo juguete de los dirigentes. El pueblo pensó en 1810. Hubo, entre los panaderos, los boticarios, los barberos, los leñadores, filósofos estoicos, ateos, deístas, enamorados de *La Marsellesa*... Y en 1910 hubo partidarios del anarco-socialismo, espiritistas anticatólicos, protestantes obreristas, pseudo-marxistas, social-demócratas y filosofadores indigenistas. Y no caigamos en el otro mito: la sabiduría del pueblo. El pueblo pensó con pobreza, a medias. Pero pensó sus problemas. Al lanzarse a las luchas tuvo una idea vaga y circunstancial del mal y del bien, del Orden y el Progreso.

El cambio lo ayudó a concebir la evolución, como a todos. Lo hizo adaptarse a nuevas vidas, y reclamar como los demás el Orden para comer y el Progreso de la libertad.

Por otra parte, cabe observar en esta visión de transformaciones, que si el ambiente era favorable a los cambios y a las ideas nuevas no era favorable a los sistemas de ideas radicales. De hecho no había grupos con ideologías extremas, que fueran lo suficientemente poderosos para imponerlas.

Cuando el hombre moderno ha movilizad sus ideas, no ha podido presentarlas radicalmente, ni ha podido sostener un extremismo ideológico en lo político: toda revolución ha conservado su Virgen de Guadalupe. Para imponer medidas radicales ha sido necesario recurrir a ideas y símbolos tradicionales, por dos tropiezos: la herejía, el radicalismo y todas sus posibles manifestaciones han sido siempre cultivadas individualmente en México, conser-



Plutarco Elías Calles

vando así ciertas formas muy características de la cultura española, en la que toda heterodoxia tiene carácter individualista, o se reduce a un grupo exiguo de correligionarios, lo que no ocurre en el resto de Europa, digamos con el protestantismo. Y además, porque toda herejía, toda idea innovadora radical, en cuanto ha servido de símbolo a un movimiento histórico, se ha unido a grupos sociales heterogéneos, cultural e ideológicamente, que han dado también la pauta a la historia: esos grupos nunca han tenido una ideología radical. No han sido nunca de herejes los ejércitos de Hidalgo, los de Juárez, ni los de la Revolución Mexicana. Y así en el curso de nuestra historia los radicales, a la larga, no han dado el tono individual de su vida espiritual a la nación. Conforme los pensadores revolucionarios se han acercado más al poder y más lo han manejado, más han sufrido el influjo de la nación, y se han visto obligados

a sumarse a un pueblo que hacía profesión de fe conservadora, en los terrenos de la religión, de la superstición, de la moral. Si las reformas y los cambios que han sucedido a las revoluciones (de Independencia, de Reforma y a la Agraria de 1910) han sido radicales en ciertos terrenos, la ideología que ha privado ha sido conciliadora, por lo menos en lo abstracto y en lo general. Si en los momentos en que se han tomado medidas radicales las tradiciones han ocupado el segundo lugar, después han vuelto a renacer. Ya libres, se han lanzado contra el viejo amigo que tomara medidas radicales, enmascaradas a veces de filosofía moderada. En el curso de la historia del hombre moderno de México ha habido una filosofía “eclectica” dominante—liberalismo ilustrado, positivismo, ideología de 1910—, que ha correspondido a medidas políticas radicales, definitivas, pero parciales: Declaración de Independencia, expropiación de los bienes y supresión de los privilegios del clero, expropiación de tierras o acuerdo de privilegios y garantías colectivos, etc. El México revolucionario ha sido por lo general, en sus horas y días, más revolucionario en los hechos que en los sistemas de ideas. En cierto modo, a ideas a menudo conciliadoras han correspondido medidas radicales. Es así como Voltaire y la Virgen de Guadalupe han cumplido por minutos una misma función social, al servir de símbolos a un mismo movimiento revolucionario. Esta es una coyuntura frecuente en la historia universal. En México se ha convertido en problema gigantesco a partir de la Independencia, y ha dado al pueblo una experiencia cotidiana de las contradicciones tan frecuentes entre los hechos y las palabras. ¿Pero cómo explicar semejante desajuste, sin reparar en las diferencias culturales enormes que han separado a los dirigentes y a los dirigidos, a las ideas nuevas y a una realidad ideológica tradicionalista, a las palabras progresistas y revolucionarias por un lado, y a los hechos tradicionalistas, estacionarios y regresivos, de los opositores ideológicos y de los propios

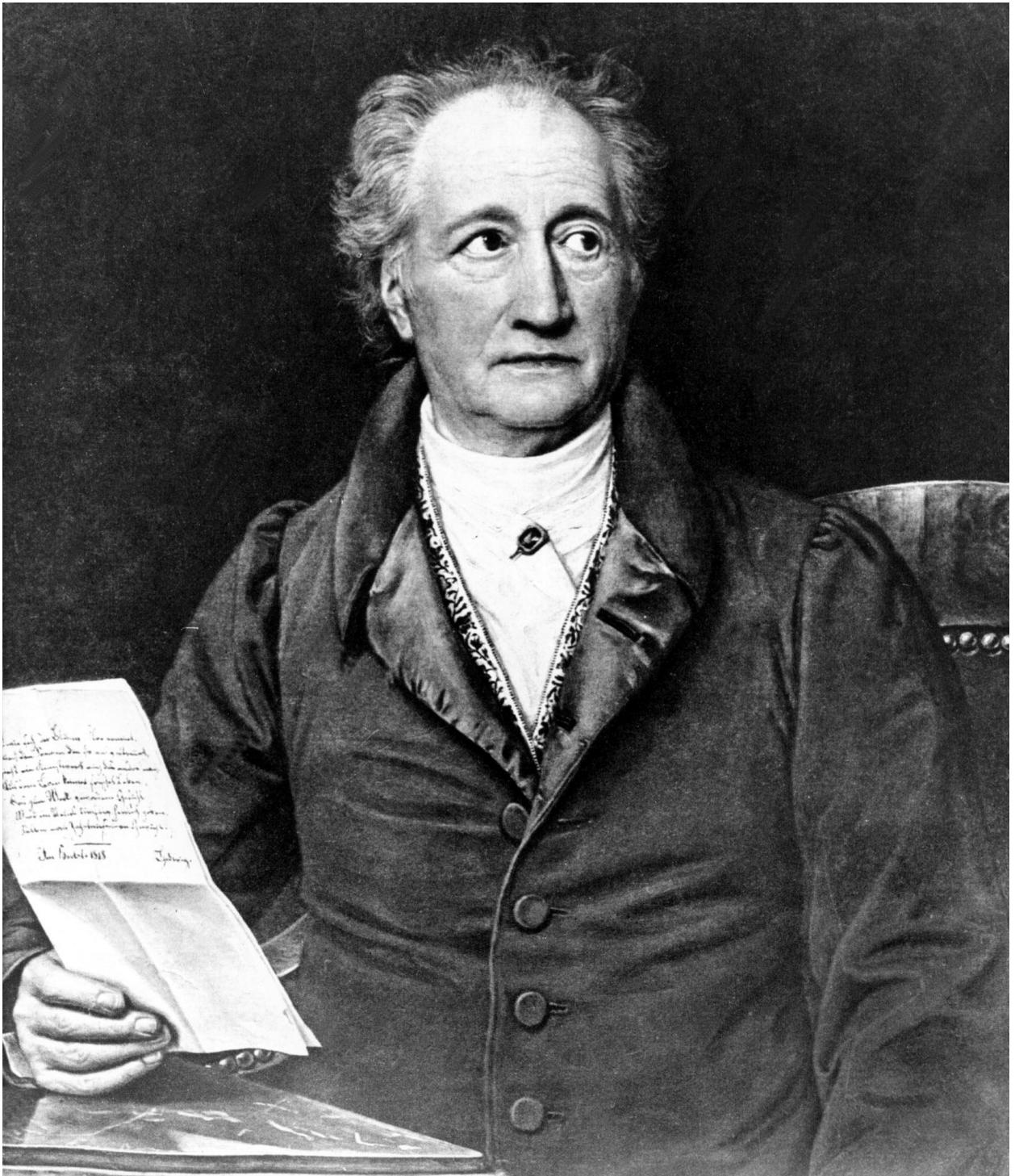
aliados, de los propios partidarios de la Independencia, de la Reforma, de la Revolución? La tirantez entre el pasado y el presente ha sido más fuerte que la tensión entre las razas. Por eso, dejando al margen la discordia natural de conservadores y progresistas, todavía queda una lucha pertinaz entre los propios dirigentes y los dirigidos, entre los hombres modernos y sus afiliados, entre los generales y sus soldados. ¿Por qué entonces se ha unido ese pueblo, que conserva el eje visual de una cultura antigua, con el ilustrado, con el ideólogo, con el positivista, con la liberal-socialista? ¿Por qué, si no es por una convicción general ni por un acuerdo esencial de filosofías y de visiones de la vida, sino porque otros elementos psicológicos, políticos y económicos han colaborado invariablemente a la unión? Sólo considerando esos elementos puede explicarse el que el hombre moderno haya contado con un pueblo culturalmente heterogéneo, en los momentos decisivos de sus reformas y de sus revoluciones: sólo por la desesperación de las masas contra el yugo, contra la tiranía, contra la miseria, y por las ideas aisladas que escuchaban en boca de sus dirigentes. Esas ideas se integraban en un mundo ideológico hecho, heredado, buscando acomodo ecléctico, semejante al que encontraban en la cabeza de los liberales moderados, de los reformistas católicos, del positivismo anticlerical pero respetuoso de las creencias en el más allá.

Así, una visión de la historia moderna de México advierte al espectador del cambio fundamental en la actitud de los hombres. De elementos de la creación pasan a ser creadores en el sentido ecuménico de la palabra. Los embarga el optimismo que acompaña a toda creación. Y si ese optimismo y ese deseo de cambiar el mundo se ven empañados por el escepticismo de algunos hombres o de algunos tiempos, y por la falta de planes generales, radicales, ello no obsta para que den sentido y razón a la historia mexicana. Sin su preponderancia la historia del México moderno sólo sería un caos. Apare-



Gustavo Díaz Ordaz.

cería un México falso en que los hombres sólo se matarían por desdén a la muerte. La idea de la muerte sería más importante para comprenderlo que los intereses y los ideales de la vida. Aparecería un México instintivo y bárbaro, un pueblo señalado por la mano de Dios. Los historiadores jeremíacos tendrían un argumento exquisito. Pero la verdad es otra. A partir del siglo XIX nace la inestabilidad social —un mero caos si se la mira aislada—, pero también una vida espiritual agitadísima que gira en torno al poder. Los mexicanos se habitúan desde entonces a ver cambiar el mundo; y se acostumbran a la revolución de las ideas, de las instituciones, de filosofías, costumbres, leyes, etc. Los proyectos que hacen explican su historia, sus reformas. Sus ideales son un elemento racional, formidable, que surge en medio de sus contradicciones. ❧



Johann Wolfgang von Goethe

Der Erlkönig

*El rey de los elfos** (1782)

Wer reitet so spät durch Nacht und Wind?
Es ist der Vater mit seinem Kind;
Er hat den Knaben wohl in dem Arm,
Er faßt ihn sicher, er hält ihn warm.

“Mein Sohn, was birgst du so bang dein Gesicht?”—
“Siehst, Vater, du den Erlkönig nicht?
Den Erlenkönig mit Kron’ und Schweif?”
“Mein Sohn, es ist ein Nebelstreif.”—

“Du liebes Kind, komm’, geh’ mit mir!
Gar schöne Spiele spiel’ ich mit dir;
Manch’ bunte Blumen sind an dem Strand!
Meine Mutter hat manch’ gülden Gewand.”

“Mein Vater, mein Vater, und hörest du nicht,
Was Erlenkönig mir leise verspricht?”—
“Sei ruhig, bleibe ruhig, mein Kind;
In dürren Blättern säuselt der Wind.”—

¿Quién cabalga tan tarde entre la noche y el viento?
Es el padre con su hijo;
en los brazos lleva al muchacho,
lo sostiene seguro, lo mantiene cálido.

Hijo mío, ¿por qué ocultas tu rostro con tanto temor?
¿No ves, padre, al rey de los elfos?,
¿al rey de los elfos con cola y corona?
Hijo mío, es sólo un rasgo de la niebla.

Niño amado, acércate, ¡ven conmigo!
Jugaré contigo muy bellos juegos;
¡en la playa hay flores de todos colores!
Mi madre tiene áureos atuendos.

Padre mío, padre mío, ¿no escuchas
las promesas que me susurra el rey de los elfos?
Sosíégate, mantén la calma, mi niño:
es sólo el viento que murmura en hojas muertas.

* Inspirada en un cuento folclórico de Dinamarca, la balada lleva por título *Erlkönig*, literalmente “rey de los alisos”, quizá mala traducción del danés *elverkonge* o *ellerkonge*, que significa “rey de los elfos”; de esa lengua había traducido Herder antes, al alemán, en sus *Stimmen der Völker in Leidern* (1778), el poema “Erlkönigs Tochter” (la hija del rey de los elfos), en demasia similar. Schubert (op. 1) y otros musicalizaron la adaptación de Goethe. [N. del t.]

“Willst, feiner Knabe, du mit mir gehn?
Meine Töchter sollen dich warten schön:
Meine Töchter führen den nächtlichen Reihn,
Und wiegen und tanzen und singen dich ein.”

“Mein Vater, mein Vater, und siehst du nicht dort
Erkönigs Töchter am düstern Ort?”–
“Mein Sohn, mein Sohn, ich seh’ es genau;
Es scheinen die alten Weiden so grau.”–

“Ich liebe dich, mich reizt deine schöne Gestalt;
“Und bist du nicht willig, so brauch’ ich Gewalt.”–
“Mein Vater, mein Vater, jetzt faßt er mich an!
Erkönig hat mir ein Leids gethan!”–

Dem Vater grauset’s, er reitet geschwind,
Er hält in Armen das ächzende Kind,
Erreicht den Hof mit Mühe und Noth;
In seinen Armen das Kind war todt.

¿Querrás, dulce niño, venir conmigo?
Mis hijas hermosas estarán esperando;
mis hijas presiden la danza nocturna
y te mecerán y bailarán y cantarán hasta que duermas.

Padre mío, padre mío, ¿no ves allá,
en la penumbra, a las hijas del rey de los elfos?
Hijo mío, hijo mío, lo veo con precisión:
muy lóbregos lucen los sauces antiguos.

Te amo, me seduce tu hermosa figura;
y si no cedés, te tomaré por la fuerza.
¿Padre mío, padre mío, ya me ha atrapado!
¿El rey de los elfos me ha hecho daño!

El padre, aterrado, cabalga veloz,
sujeta en sus brazos al niño que gime,
al atrio arriba ajetreado:
en sus brazos el niño había muerto.

Oliver Manuel Peña

Licenciatura en Política y Administración Pública,
El Colegio de México.



VOICES of Mexico



Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.

Suscripción anual

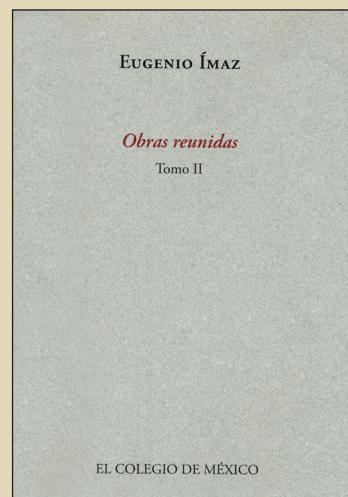
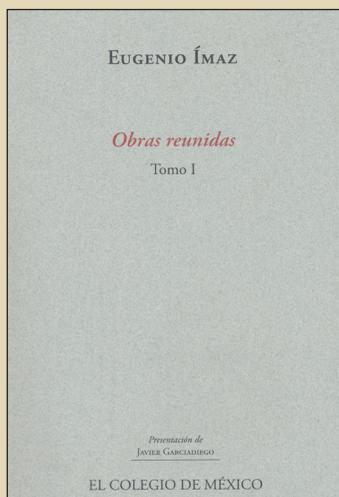
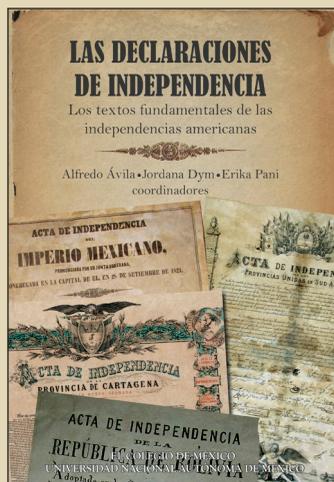
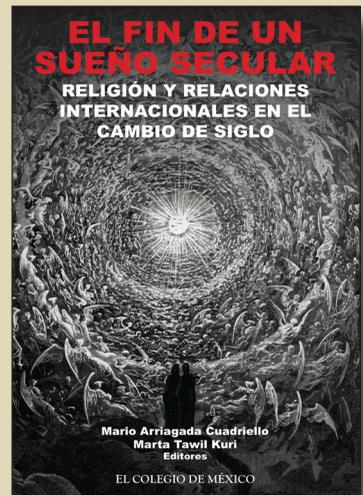
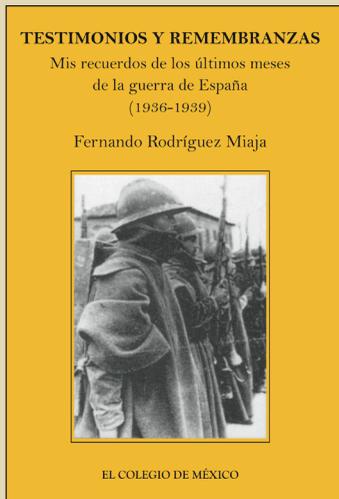
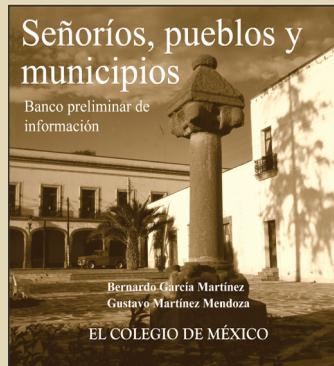
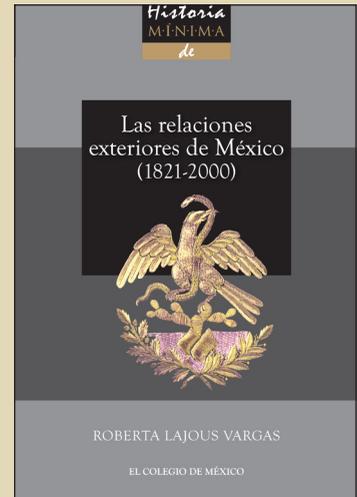
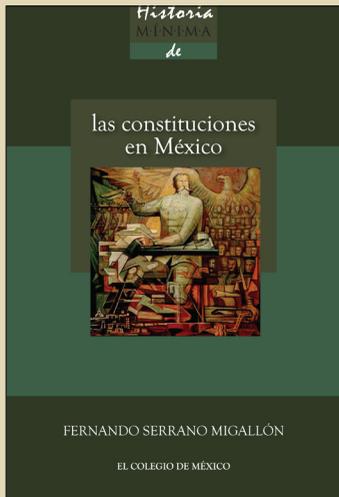
\$140.00 M.N Tres números/un año

Informes y suscripciones:

Torre II de Humanidades, piso 9
Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.
Tel. 5623 0246, exts. 42301 y 42299

voicesmx@servidor.unam.mx

NOVEDADES



El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx